

Los furtivos mataron a este rinoceronte negro para llevarse su cuerno. Fue en un abrevadero del Parque Hluhluwe-Imfolozi, en Sudáfrica, y para perpetrar su matanza usaron munición de gran calibre. Entraron ilegalmente en el parque, tal vez desde una aldea cercana, y se cree que utilizaron un rifle de caza con silenciador. Actualmente solo quedan 5.000 ejemplares de rinoceronte negro.



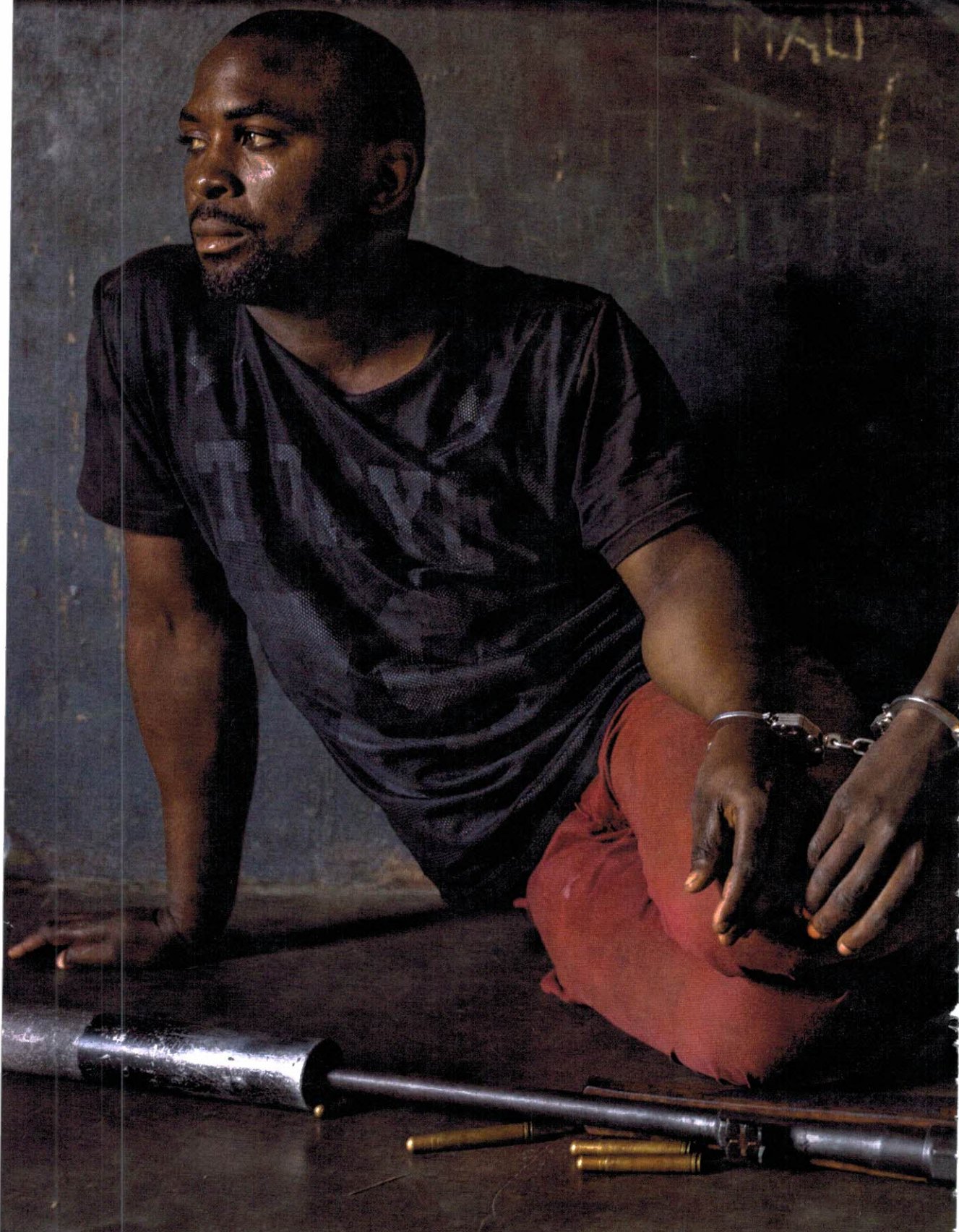
INVESTIGACIÓN ESPECIAL

UN NEGOCIO SINIESTRO

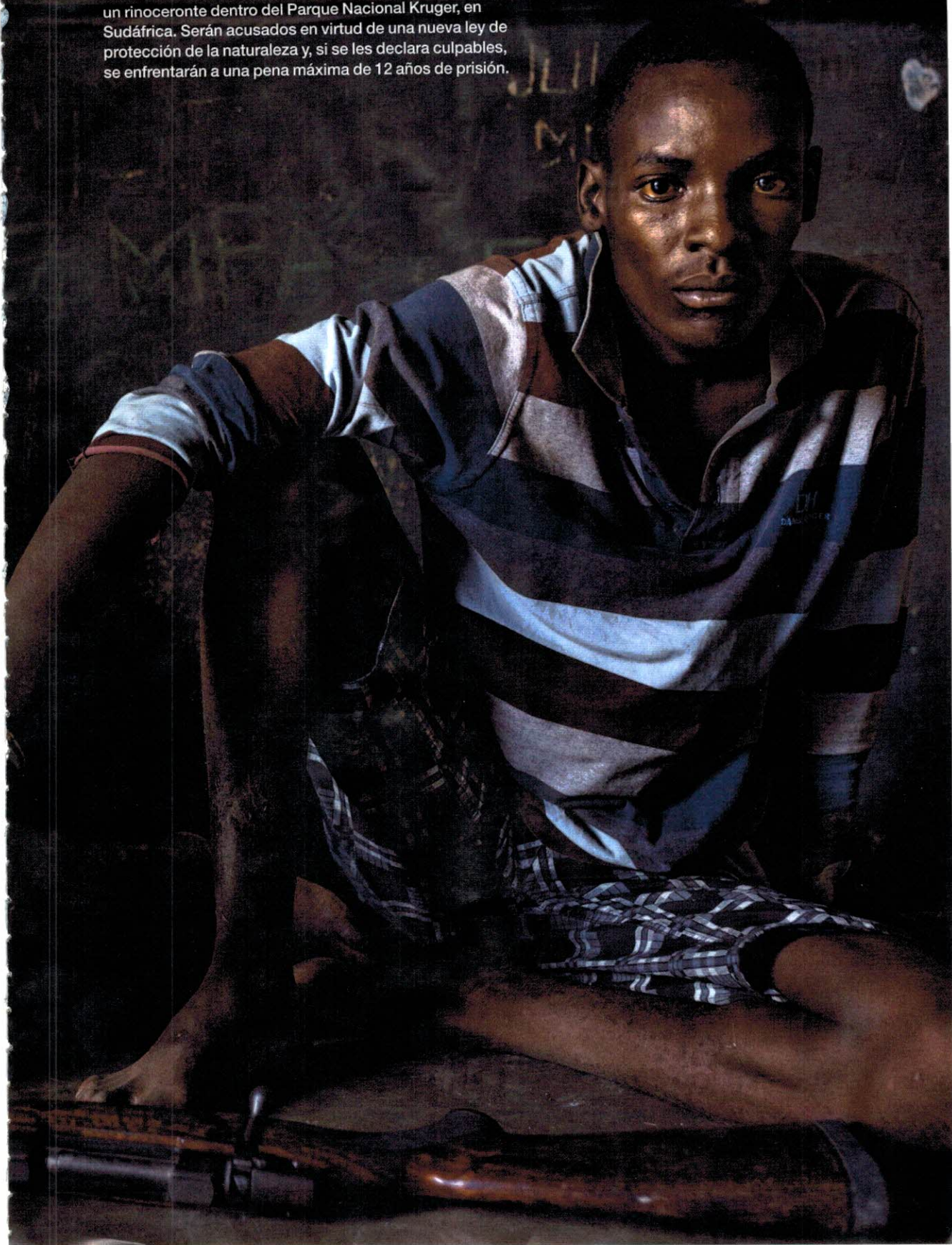
**El oscuro mundo del comercio
de los cuernos de rinoceronte:
cómo dos sudafricanos
podrían poner en peligro el
futuro de esta especie.**

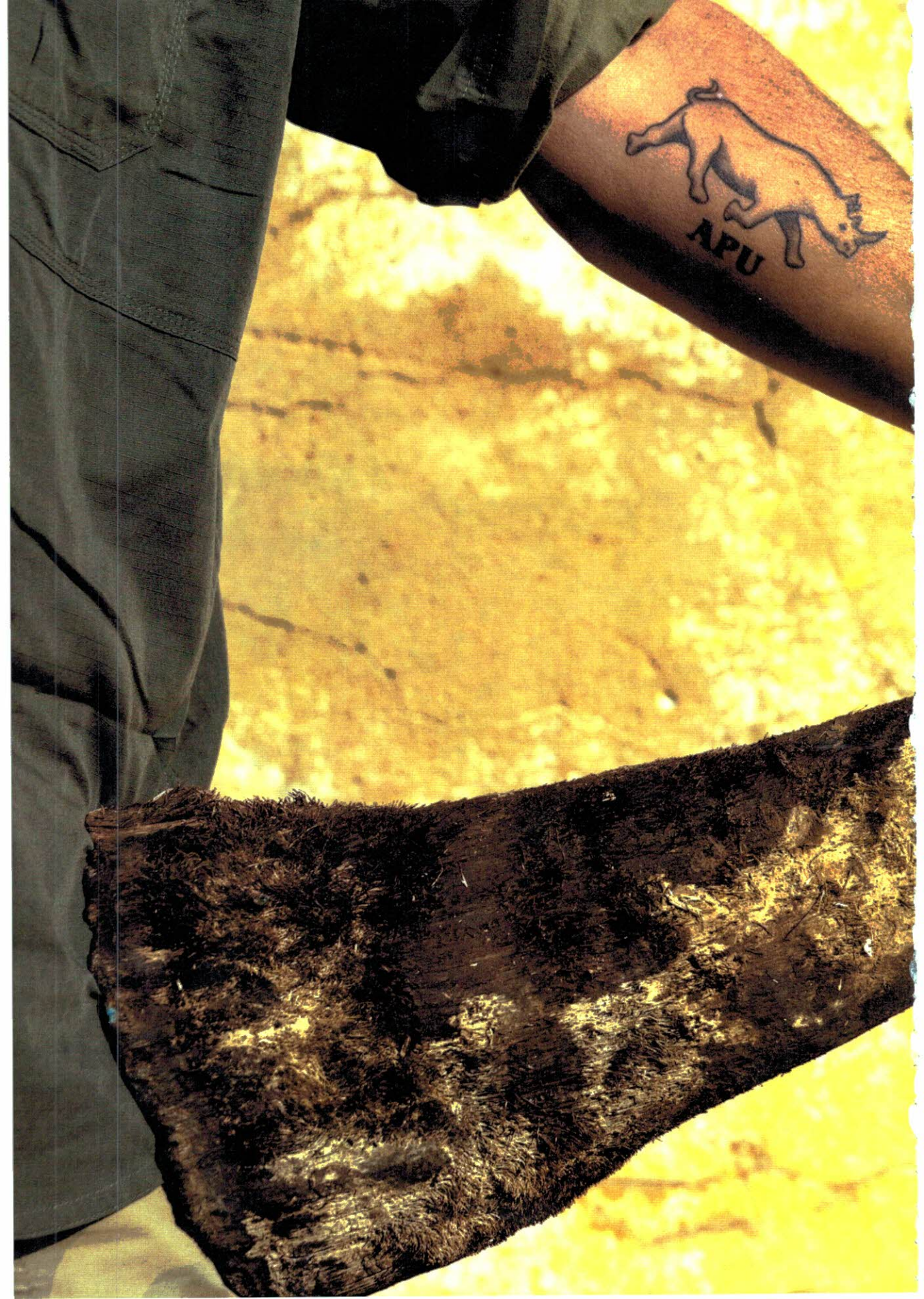
FILIPPE

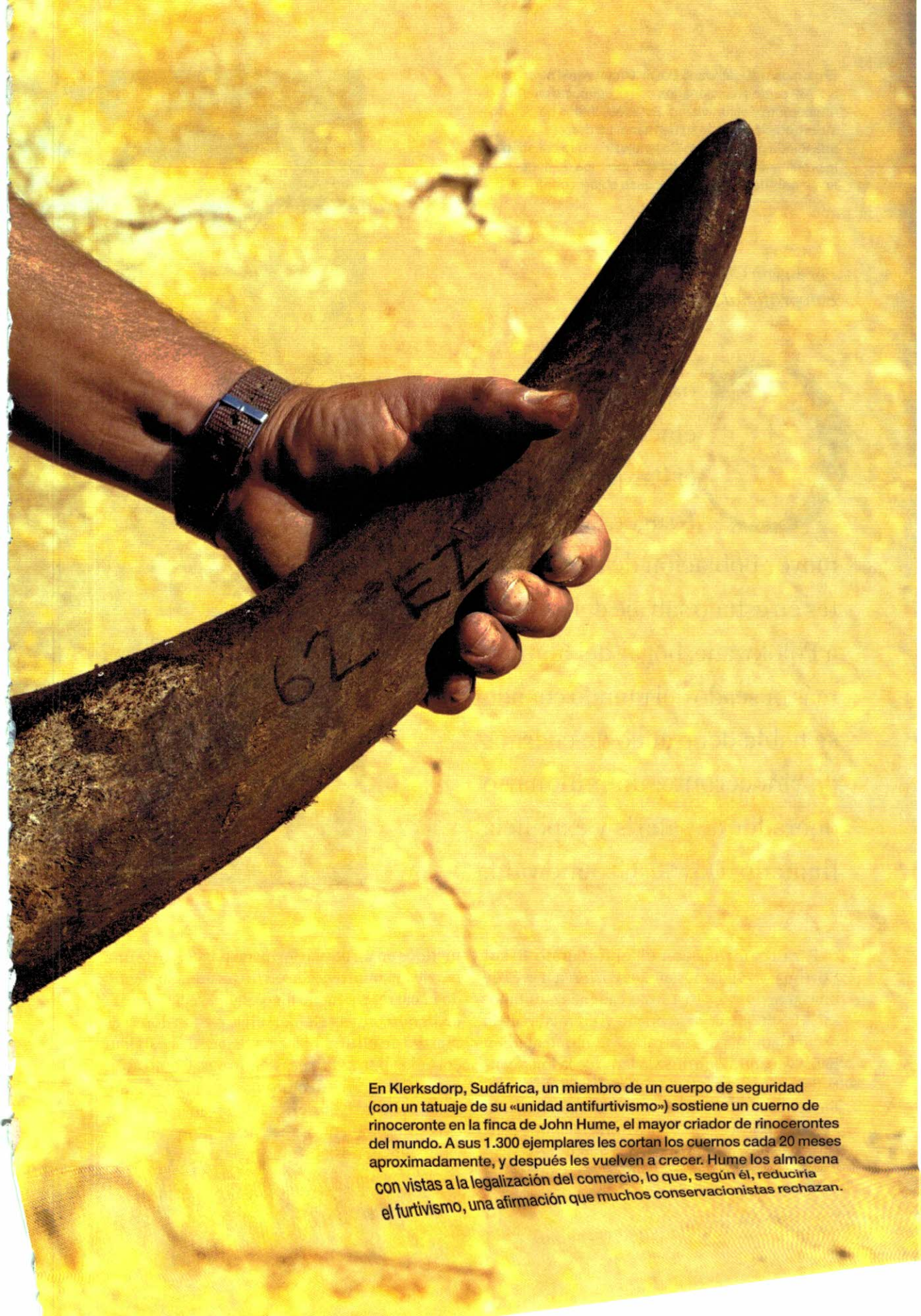
MAU



Según las autoridades mozambiqueñas, estos dos hombres confesaron que pretendían cazar furtivamente un rinoceronte dentro del Parque Nacional Kruger, en Sudáfrica. Serán acusados en virtud de una nueva ley de protección de la naturaleza y, si se les declara culpables, se enfrentarán a una pena máxima de 12 años de prisión.







En Klerksdorp, Sudáfrica, un miembro de un cuerpo de seguridad (con un tatuaje de su «unidad antifurtivismo») sostiene un cuerno de rinoceronte en la finca de John Hume, el mayor criador de rinocerontes del mundo. A sus 1.300 ejemplares les cortan los cuernos cada 20 meses aproximadamente, y después les vuelven a crecer. Hume los almacena con vistas a la legalización del comercio, lo que, según él, reduciría el furtivismo, una afirmación que muchos conservacionistas rechazan.

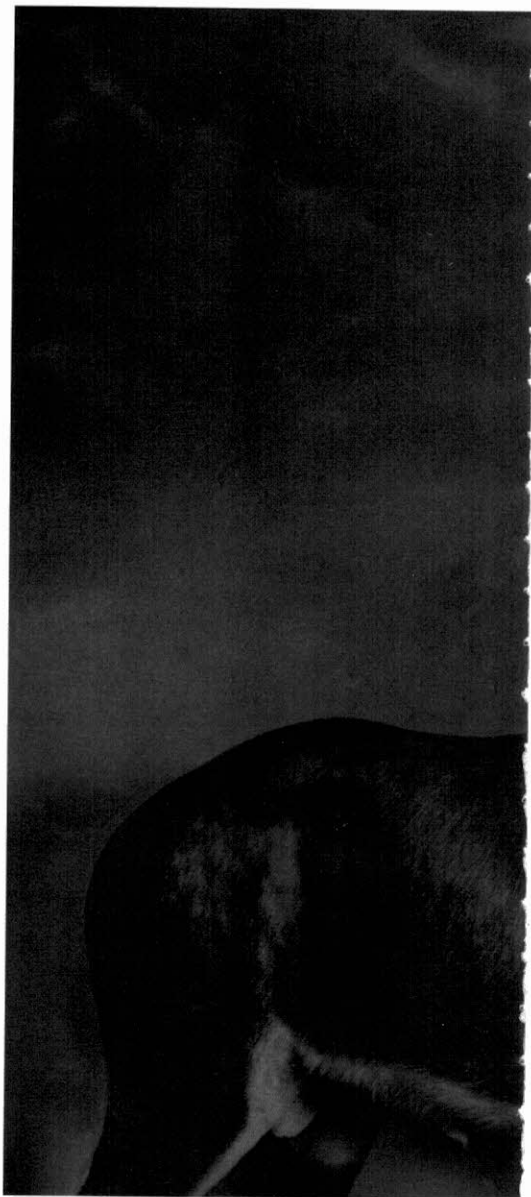
El ganadero sudafricano Dawie Groenewald se enfrenta a 1.739 cargos relacionados con el tráfico de cuernos de rinoceronte y el furtivismo. Estados Unidos ha pedido su extradición y la de su hermano. La demanda civil financiada por el propio Groenewald y que cuestiona la prohibición de comerciar con cuernos de rinoceronte en su país ha paralizado la causa abierta contra él.

Por Bryan Christy
Fotografías de Brent Stirton

Condujimos durante cinco horas desde el Parque Nacional Kruger, hogar de la mayor población de rinocerontes en estado salvaje del mundo, a Polokwane, hogar del hombre más buscado del mundo cuando se habla del tráfico de cuernos de rinoceronte: un millonario operador de safaris y expolicía llamado Dawie Groenewald.

Para reunirnos con él, el fotógrafo Brent Stirton y yo viajamos en dos coches a través de unas magníficas y tortuosas cadenas montañosas. Hasta que cayó la noche y, en medio de la oscuridad, nos encontramos con que alguien había vertido alquitrán a lo largo de la línea central de la carretera y le había prendido fuego. Parecía otra protesta más originada en medio de las tensiones económicas y raciales que continúan estallando en Sudáfrica más de dos décadas después del final del *apartheid*. Sorteamos las llamas, pero un kilómetro después acabamos

metidos en un atasco formado por culpa de una barricada improvisada en la calzada. En medio de la carretera había algo que parecía un sofá ardiendo, cuyas llamas alcanzaban los tres metros de altura. Los cuatro carriles estaban cortados por unas rocas enormes. Como eran demasiado grandes como para pasar por encima de ellas, Brent bajó del coche y las apartó, mientras yo vigilaba por si caíamos en una emboscada. Luego nos abrimos paso a través de un pasillo de gente invisible que nos lanzaba piedras desde más allá del arcén.





Pasamos la noche en un húmedo motel de carretera y después, siguiendo las instrucciones de Groenewald, esperamos en una gasolinera a que viniera a recogernos Leon van der Merwe, uno de sus hombres. Durante 20 minutos lo seguimos por un trecho de finca perfectamente vallada, hasta que llegamos a un portal que se abrió automáticamente. En la entrada, de pie y en jarras, estaba Dawie Groenewald.

Este hombre, a quien algunos han apodado «el carnicero de Prachtig» por lo que supuestamente hizo con unos rinocerontes en su coto

privado de caza llamado justamente así (*prachtig* significa «hermoso» en neerlandés), se enfrenta hoy, junto con otros 10 acusados, a 1.872 cargos en los juzgados sudafricanos. A la «banda de Groenewald», como los ha bautizado la prensa de Sudáfrica, se le imputan diversos delitos, como matar rinocerontes de manera ilegal, extraerles los cuernos ilegalmente, comerciar con ellos, extorsión, blanqueo de dinero y otros crímenes relacionados. En Estados Unidos, Groenewald y su hermano Janneman han sido acusados de engañar a cerca de una docena de cazadores

La ruta de los cuernos

El comercio internacional del cuerno de rinoceronte –un remedio contra la resaca tan popular en Vietnam y China como ineficaz– está prohibido desde 1977. El vertiginoso aumento de la demanda en estos países, donde se considera un símbolo de estatus, provocó una rápida subida de los precios. Las autoridades luchan contra este comercio, pero las bandas de traficantes, cada vez más organizadas, van cambiando astutamente las rutas de suministro de los cuernos robados u obtenidos furtivamente.

Furtivismo al alza

La demanda de cuernos está minando dos décadas de éxitos conservacionistas en África. Dentro de poco habrá menos nacimientos de rinocerontes que muertes causadas por el furtivismo.



estadounidenses para que mataran ilegalmente rinocerontes en la finca de Prachtig. En consecuencia, las autoridades de aquel país han solicitado su extradición. En la República Checa, los investigadores han vinculado a Groenewald con una organización dedicada al tráfico de cuernos de rinoceronte después de descubrir que algunos cuernos enviados a Vietnam procedían de animales abatidos en Prachtig por cazadores checos. Él afirma desconocer la finalidad de esas cacerías. En una ocasión se le prohibió cazar en Zimbabue, y lo han expulsado de la Asociación de Cazadores Profesionales de Sudáfrica.

Esta es la historia de Dawie Groenewald, acusado de tráfico de cuernos de rinoceronte, y la de John Hume, propietario de la mayor granja de rinocerontes del mundo, dos hombres que se conocen muy bien y comparten un objetivo común: acabar con la prohibición de la compra-venta de cuernos de rinoceronte tanto en Sudáfrica como en el resto del mundo. Groenewald ha accedido a reunirse con Brent y conmigo mientras se encuentra inmerso en un proceso judicial de enorme trascendencia que podría enviarlo a

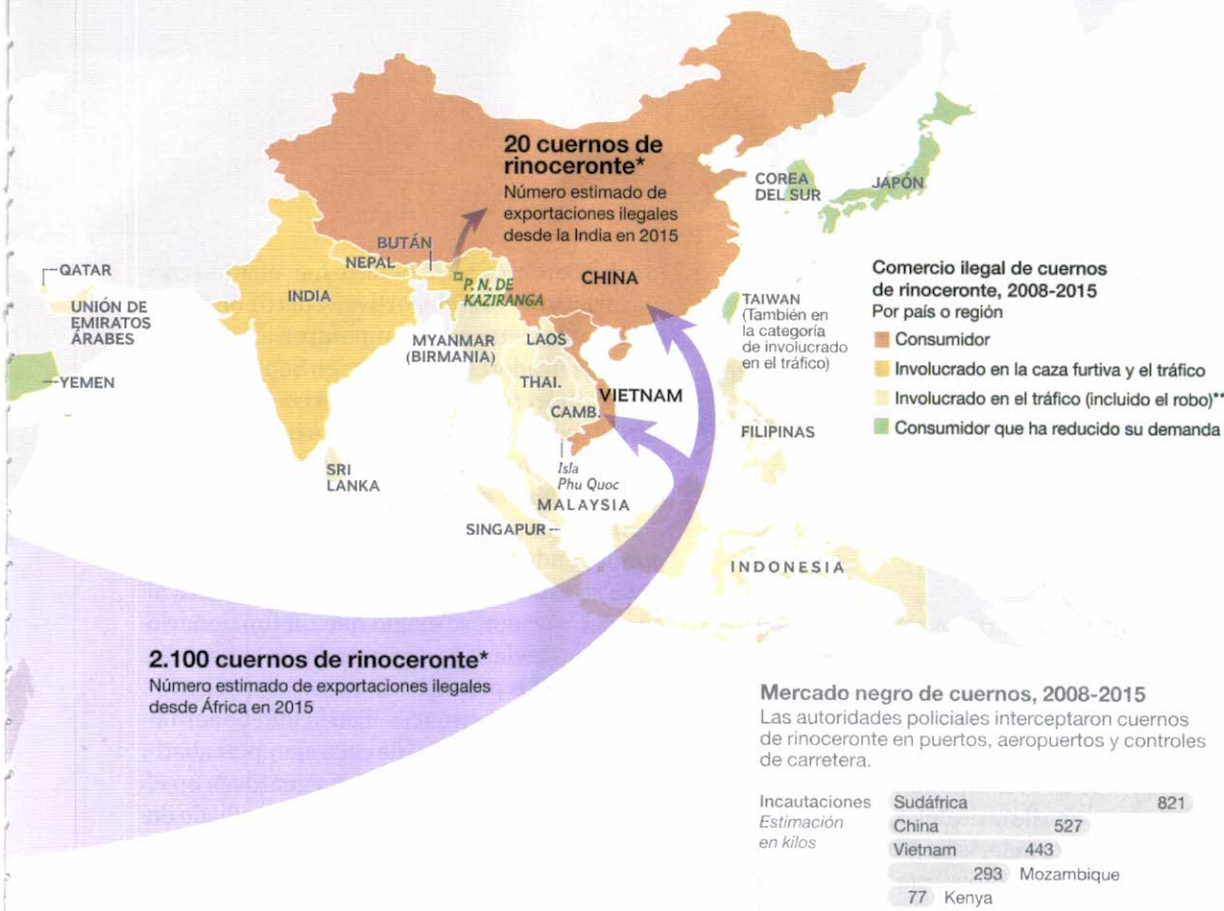


la cárcel durante décadas o bien abrir una vía para la venta legal de cuernos de rinoceronte en Sudáfrica, una vía que podría facilitar la creación de un mercado legal a escala global que, según los detractores, condenaría a esta especie.

LA CRISIS DE LOS RINOCERONTES

Sudáfrica acoge casi el 70 por ciento de los 29.500 rinocerontes que quedan en el mundo, una cifra muy lejana de los varios cientos de miles que había en África antes del siglo XIX, cuando la huella de los europeos en aquellas tierras se intensificó. Están presentes en dos continentes, divididos en cinco especies: el rinoceronte blanco, con unos 20.400 ejemplares; el negro, con 5.250; el indio; el de Sumatra, y el de Java. Según la Asociación de Propietarios Privados de Rinocerontes de Sudáfrica, 6.200 de los rinocerontes de este país están en manos privadas y se emplean comercialmente para safaris fotográficos, caza legal, producción de cuernos y cría.

El cuerno de rinoceronte es el apéndice más valioso de un exótico mercado que valora las rarezas naturales, como el marfil de elefante, el



pene de tigre y la cola de jirafa. A diferencia de los cuernos de muchas especies, entre ellas los bovinos, el del rinoceronte no es óseo. Está hecho de queratina, una proteína también presente en nuestro pelo y uñas, y si se corta, vuelve a crecer. Aunque su venta es ilegal, en Sudáfrica puedes cortar el cuerno de un rinoceronte si dispones de la autorización pertinente. Cada uno o dos años los ganaderos que se dedican a la cría de rinocerontes sedan a sus animales con dardos tranquilizantes, les cortan hasta dos kilos de cuerno por ejemplar y almacenan esos tesoros en cámaras acorazadas de bancos u otros lugares seguros con la esperanza de que llegue el día en que se legalice su venta.

Mientras tanto, existe un floreciente mercado negro que suministra sobre todo a Vietnam y China, donde se considera que el asta de rinoceronte tiene propiedades medicinales. Por lo general pulverizado, lo ingieren como tratamiento de casi todo, desde cáncer hasta mordeduras de serpiente o resaca. Influidos por un sinnúmero de informaciones falsas difundidas durante años por los medios occidentales, recientemente han

empezado a usarlo también como afrodisíaco. En el mercado negro de Sudáfrica el cuerno de rinoceronte blanco se vende a casi 6.000 euros el kilo, según Groenewald, pero en los mercados negros de Asia se vende al por mayor por cinco o diez veces más, y a partir de ahí los precios minoristas alcanzan cifras astronómicas. Un solo macho con 10 kilos de cuerno podría cambiarle la vida a un furtivo mozambiqueño que se cuele por la frontera hasta el Parque Nacional Kruger con un AK-47, pero es muy probable que de ese hombre se aprovechen los mismos que le facilitaron el arma. También es probable que acabe abatido por las autoridades, como les ha sucedido a 500 furtivos mozambiqueños en el Kruger entre 2010 y 2015.

La caza furtiva de rinocerontes ha alcanzado unas proporciones catastróficas durante el último decenio. En 2007 Sudáfrica registró la pérdida de apenas 13 ejemplares. En 2008 fueron 83. El año pasado la cifra ascendió a 1.175. En el Kruger, hogar de unos 9.000 rinocerontes, los furtivos matan entre dos y tres al día como promedio. Pero la caza no se limita a África.

*CÁLCULO BASADO EN EL 80% DE LOS CUERNOS QUE ACABAN LLEGANDO AL MERCADO (DATOS FACILITADOS POR ESMOND MARTIN Y LUCY VIGNE) **NO FIGURAN: CANADÁ Y ESTADOS UNIDOS †DESDE 2009 LOS RINOCERONTES ESTÁN EXTINGUIDOS EN ESTE LUGAR

«La guerra del rinoceronte es como el narcotráfico. Mueve un montón de dinero y de sobornos. Todo el sistema judicial es frustrante.»

Xolani Funda, jefe de los guardas del Kruger

En abril, unos furtivos armados con AK-47 abatieron un rinoceronte indio en el Parque Nacional de Kaziranga horas después de la visita de los duques de Cambridge para promover la conservación. Los rinocerontes no rugen cuando se les hiere. Gimen. Cuando disparan a una madre, esta llora de dolor, y a veces eso hace que la cría, asustada, vaya hacia ella. Entonces los furtivos, para ahorrarse una bala, dan un machetazo a la cría en la columna vertebral y luego le quitan el cuerno.

Para los que están en primera línea, la protección de los rinocerontes ya no es solo un desafío conservacionista: «Es una guerra –afirma Xolani Nicholus Funda, jefe de los guardas del Kruger, en donde se registra la mayoría de los casos de caza furtiva de estos animales–. Es frustrante. La guerra del rinoceronte es como el narcotráfico. Mueve un montón de dinero y de sobornos. En realidad todo el sistema judicial es frustrante. Estamos perdiendo casos [en los tribunales]. Estamos rodeados de comisarías de policía que ni siquiera reconocemos como tales porque colaboran con los furtivos».

LA BATALLA DE JOHANNESBURGO

En 1977 las partes firmantes de la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES), el tratado regulador del comercio mundial de animales y plantas, prohibieron el comercio internacional de cuernos de rinoceronte. Pero la prohibición solo afecta al comercio entre países, y permite una excepción que los traficantes han aprovechado: según la CITES, es legal exportar los cuernos –los preciados trofeos– de

los rinocerontes blancos si se han abatido con un permiso de caza deportiva. A partir de 2003, traficantes vietnamitas empezaron a contactar con organizadores de cacerías en Sudáfrica para matar rinocerontes, llevarse los cuernos y venderlos en el mercado negro de su país. Una banda de Laos incluso recurrió a prostitutas para que se hicieran pasar por cazadoras.

Ante semejante depredación, Sudáfrica respondió endureciendo sus leyes en materia de caza: se estableció un máximo de una pieza al año por cazador, se exigió que un funcionario público estuviera presente en las cacerías y se denegaron los permisos de caza a los vietnamitas. A partir de entonces habría que poner un microchip en el cuerno de cada ejemplar abatido y su firma genética quedaría guardada en el registro de ADN de rinocerontes custodiado en el laboratorio de genética veterinaria de la Universidad de Pretoria.

Pese a todo esto, el tráfico de cuernos persistió. Había otro coladero en la prohibición que la CITES no podía atajar: la compraventa de cuernos de rinoceronte en Sudáfrica era legal. Hasta que en 2008 Marthinus van Schalkwyk, ministro de Medio Ambiente y Turismo, anunció una moratoria respecto de esa política con objeto de «frenar el aumento del comercio ilegal de cuernos de rinoceronte» y «desincentivar el furtivismo». En febrero de 2009 entró en vigor la prohibición de la compraventa de cuernos de rinoceronte en el mercado interior. Groenewald da una sencilla explicación de por qué Sudáfrica se niega a legalizar esa venta: «En el Gobierno debe de haber alguien con muchos intereses en esto. ¿Entiende a qué me refiero?».

Tanto Groenewald como John Hume sostienen que la cría de rinocerontes con el fin de cortarles los cuernos y venderlos posteriormente reducirá el furtivismo. No opina lo mismo Allison Thomson, directora de Outraged South African Citizens Against Poaching (Sudafricanos Indignados con el Furtivismo), una organización contraria a la legalización. «Nuestros cuerpos y fuerzas de seguridad ya tienen bastante con las casi mil detenciones practicadas en 2015, que quedaron en solo 61 condenas.

Añadirles la presión de controlar un mercado legal haría prácticamente imposible aplicar la ley, lo que permitiría a las mafias introducir más cuernos en el mercado negro internacional.»

La polémica en torno a los cuernos de rinoceronte ha alcanzado un punto crítico ahora que Johannesburgo acoge la reunión trienal de la CITES, que se celebra en septiembre. En 1997 Sudáfrica ya propuso el levantamiento de la prohibición de la CITES sobre el comercio internacional de cuernos de rinoceronte, pregonando que su sistema de justicia sería capaz de garantizar un mercado controlado que «hundiría los precios y la actividad del mercado negro». Pero aquella propuesta fracasó.

La historia ha demostrado que anular una prohibición de comercio sin contar con los controles adecuados frente a la delincuencia y la corrupción puede ser desastroso. En 2007, las partes firmantes de la CITES suspendieron la prohibición internacional de comerciar con marfil de elefante y autorizaron a cuatro países (Botswana, Namibia, Sudáfrica y Zimbabwe) a vender 100 toneladas a China y Japón. Aquella venta, que se realizó al año siguiente, tenía como finalidad inundar los mercados asiáticos de marfil y acabar así con los tratantes ilegales. Sin embargo, solo sirvió para anunciar la reapertura de los mercados de marfil e incentivar una campaña de furtivismo sin precedentes por toda África –más de 30.000 elefantes al año solo entre 2010 y 2012– que continúa hasta hoy.

«No es casual que el precio del cuerno de rinoceronte y el del marfil aumentaran en la época en que la CITES empezó a hablar de la legalización del marfil», dice William Woody, del Servicio de Pesca y Vida Salvaje de Estados Unidos.

Se ha especulado con la posibilidad de que Sudáfrica, presionada por el sector ganadero, vuelva a proponer el levantamiento de la prohibición impuesta por la CITES al comercio internacional de cuernos de rinoceronte, por muy inoportuna que sea semejante propuesta procedente del país organizador de la conferencia. «Hemos hecho todo lo posible [por erradicar el furtivismo], pero hacer lo mismo día tras día no funciona», declaró Edna Molewa, ministra de

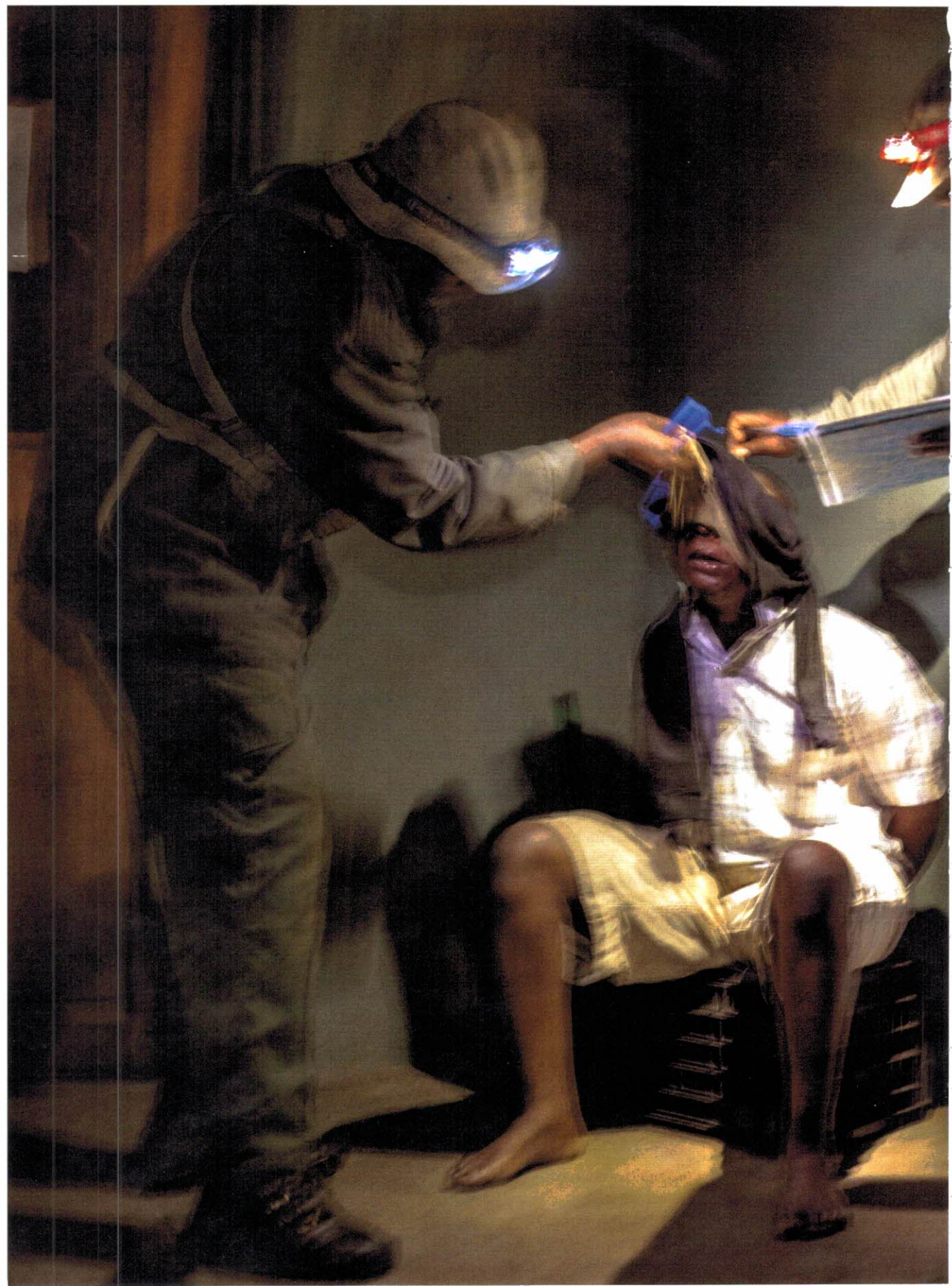
Medio Ambiente de Sudáfrica, al *Mail & Guardian* durante la reunión de la CITES celebrada en Bangkok en 2013. Con todo, Sudáfrica anunció en mayo que no propondría el levantamiento de la prohibición, alegando la necesidad de recabar pruebas de que el comercio sería beneficioso para los rinocerontes salvajes, ampliaría sus áreas de distribución y atajaría la corrupción en otros países que también albergan estos animales. Pero entonces fue Swazilandia, un diminuto país con menos de 100 ejemplares y casi totalmente rodeado por Sudáfrica, el que lanzó la propuesta de levantar la prohibición.

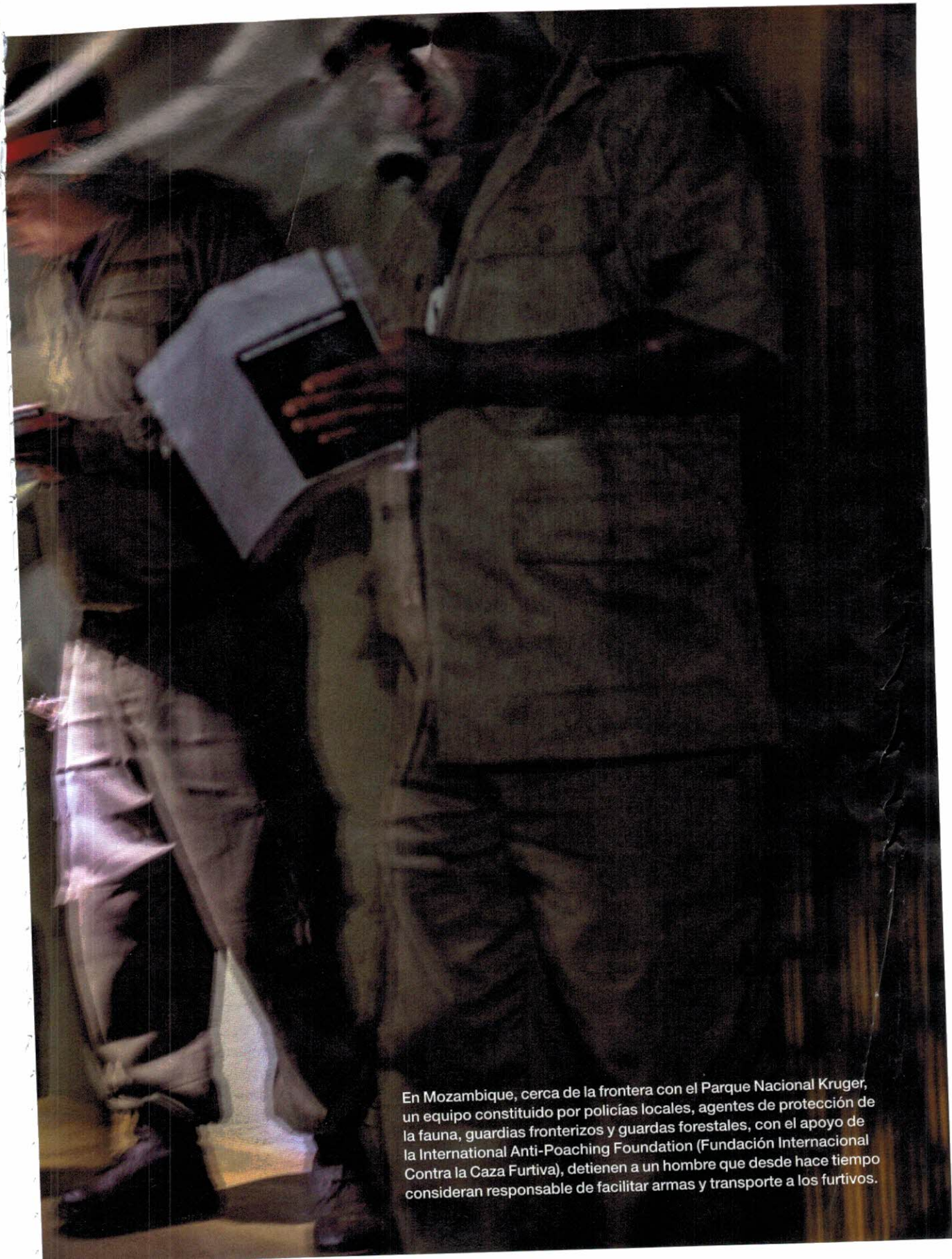
LAS MATANZAS DE PRACHTIG

Dawie Groenewald nos invita a pasar a una larga mesa en el salón principal de su exótico rancho dedicado a la cría de caza. Llamada Mataka, es la menor de sus dos propiedades: 750 hectáreas, 200 kilómetros al sur de Prachtig. Tiene dos helicópteros impecables, una cuadra con caballos árabes y hectáreas llenas de piezas de caza exóticas y de alto valor, incluidos los rinocerontes, que luego me enseñará.

Se sienta a la mesa y el mayordomo trae una fuente de jarretes de cordero. *Skop*, nos dice mientras hace un gesto de corte con la mano izquierda sobre el antebrazo derecho.

Groenewald puso en marcha Mataka en 2012, dos años después de su detención, pero no abandonó las actividades de caza en Prachtig. Montó un nuevo negocio, Wild Africa Hunting Safaris, que sustituyó al antiguo, llamado Out of Africa Adventurous Safaris. «Hace un par de años tuve aquí a un político [estadounidense]; ni siquiera sabe que esta es mi casa», dice con evidente satisfacción. Está muy tranquilo en lo referente a sus causas judiciales en Sudáfrica y en Estados Unidos. Y no le faltan motivos para estarlo: la causa penal abierta contra él en Sudáfrica se ha paralizado debido a una demanda civil presentada por Johan Krüger, otro criador de caza que vive cerca. En dicha demanda se cuestiona la constitucionalidad de la prohibición sudafricana de comerciar con cuernos de rinoceronte, así como de la mayoría de los demás delitos relacionados con este animal que se le imputan.





En Mozambique, cerca de la frontera con el Parque Nacional Kruger, un equipo constituido por policías locales, agentes de protección de la fauna, guardias fronterizos y guardas forestales, con el apoyo de la International Anti-Poaching Foundation (Fundación Internacional Contra la Caza Furtiva), detienen a un hombre que desde hace tiempo consideran responsable de facilitar armas y transporte a los furtivos.

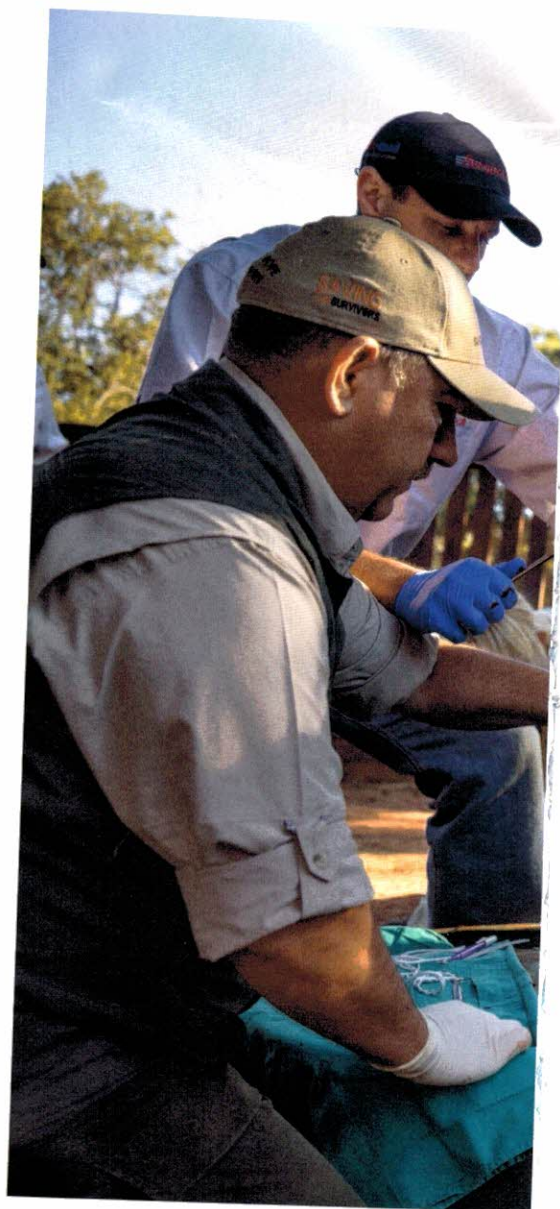
El veterinario Johan Marais prueba un tratamiento nuevo —bandas elásticas usadas en cirugía humana— para cerrar la herida de esta hembra de rinoceronte a la que unos furtivos cortaron el cuerno en mayo de 2015. Según Marais, *Hope*, a la que vemos en la foto un año después del ataque, sobrevivirá. «Se recupera muy bien —dice—. Tiene un carácter luchador.»

«Johan Krüger es quien figura en la demanda», me dice Groenewald. Pero Krüger, que no está implicado en ninguno de los delitos que se le imputan a Groenewald, no es el auténtico demandante, puntualiza, ni es quien paga los gastos del proceso. «Soy yo», subraya. Krüger no respondió a los intentos de *National Geographic* de contactar con él, pero hay buenas razones para creer a Groenewald. Ambos han estado unidos en el negocio de los búfalos; van juntos de caza; el fotógrafo de Krüger ha aparecido en los folletos de caza de Groenewald; y el abogado de Krüger es el mismo que el de Groenewald.

Los cargos presentados contra Groenewald en Sudáfrica derivan de una operación llevada a cabo en septiembre de 2010 en Prachtig por la Dirección de Investigación de Crímenes Prioritarios (DPCI), una unidad policial de élite conocida como los Hawks («Halcones»). Markus Hofmeyr, director de los servicios veterinarios de los Parques Nacionales Sudafricanos, entidad que gestiona el Parque Nacional Kruger, formaba parte del equipo de peritos forenses enviados al lugar aquel día para sedar a los rinocerontes de Groenewald y extraerles muestras de tejidos y sangre. Su equipo localizó 29 ejemplares vivos y sedó con dardos a 26 de ellos.

Hofmeyr presentó una declaración jurada en la que describía lo que vio en Prachtig: «A todos los animales que sedamos les habían cortado los cuernos, a algunos por debajo del punto de crecimiento. A algunos se los habían seccionado con motosierra o algo similar». Si el cuerno se corta demasiado cerca de su punto de crecimiento, puede producirse una hemorragia y, según los veterinarios, puede ser doloroso. Hofmeyr pensaba que en algunos casos los extrajeron «introduciendo un cuchillo y separando el cuerno por la zona de unión con el cráneo, o bien tirando a lo bestia y arrancándolo por la base».

Según Groenewald, a los chinos «no les gustan las piezas arrancadas», por eso a los suyos les corta el cuerno a ocho centímetros del cráneo.



Los investigadores también encontraron en Prachtig varios lugares con restos de cadáveres y cabezas de rinoceronte quemados. Aparecieron 19 cráneos, todos ellos sin cuernos. Seis años después de presenciar aquel horror, a Hofmeyr sigue impactándole aquella imagen. «Lo más traumático para mí fue ver aquella fosa llena de rinocerontes muertos —me cuenta—. Es muy probable que ese acabe yéndose de rositas. Es un síntoma de lo podrido que está nuestro sistema.»

Hofmeyr también identificó en la propiedad de Groenewald rinocerontes que él mismo había



ayudado a capturar en el Kruger. «[Groenewald] ofreció los mejores precios y no tenía antecedentes penales, de modo que, según nuestra legislación en materia de subastas públicas, no hubo más remedio que vendérselos a él.» La venta de animales salvajes al sector privado es un recurso del parque para financiar proyectos de conservación especiales, explica, y aunque algunos rinocerontes se vendan a operadores de safaris para su caza, también tienen la oportunidad de reproducirse y aumentar así la población total. De hecho se considera que la cría de

especies cinegéticas de caza mayor ayudó a que los rinocerontes blancos se recuperasen de la práctica extinción a finales del siglo XX.

«Lleva mucho tiempo recuperarse, lleva mucho tiempo volver a confiar en la gente –dice Hofmeyr–. Y piensas: “¿yo formo parte de esto? Yo capturé aquel animal, y yo lo metí en aquella caja”.» Pero prefiere centrarse en el contexto general: en los animales que ha ayudado a reubicar en otros destinos. «Diría que el 75 % siguen vivos y reproduciéndose. Para mí, eso es lo que al final ayuda a asimilar estas cosas.»

Unos furtivos mataron a la madre de *Lulah* en el Parque Nacional Kruger. La cría vive ahora en Care for Wild Africa, un refugio especializado en rinocerontes de la provincia de Mpumalanga. Dorota Ladosz, empleada del refugio, está con ella todo el día y la conforta tras la operación a la que fue sometida para tratar las heridas que le causaron unas hienas antes de ser rescatada.

Groenewald, que compró al Kruger más de 30 rinocerontes, dice que el parque le cobró en función del tamaño de cada cuerno de macho adulto. «Querían que los cazaran», me dice.

De los rinocerontes que acabaron muertos en Prachtig, Groenewald vendió 39 cadáveres a un carnicero local. Y tiene muy claro quién está comprando los cuernos de rinoceronte de Sudáfrica. Con ambos índices se estira hacia atrás las esquinas de los ojos y dice: «No paran de llamarme. Quieren cuernos. ¿Que no me los compran a mí? Pues ya se los comprarán a otro».

«¿Son chinos o vietnamitas?», pregunta Brent.

«De los dos países –responde Groenewald–. Si tienen los ojos así, es que les interesa.»

OPERACIÓN CRASH

En junio de 2011, el Servicio de Pesca y Vida Salvaje (FWS) de Estados Unidos recibió un correo electrónico del coronel Johan Jooste, de los Hawks sudafricanos, pidiendo ayuda para entrevistar a varios estadounidenses que habían cazado rinocerontes con Groenewald en Sudáfrica. El encargo se le asignó a David Hubbard, agente del FWS en San Antonio, Texas.

Hubbard ya conocía a Groenewald. Había colaborado en su detención por enviar a Estados Unidos un leopardo disecado que había sido abatido en Sudáfrica sin el correspondiente permiso de caza. El cliente de Groenewald, un fontanero de Texas llamado Glenn Davey, había cazado la pieza en 2006. Sin embargo, Groenewald no contaba con el permiso para cazar leopardos durante aquel año, aunque, según se desprende de sus alegaciones, su nombre sí figuraba en un permiso expedido en 2008. Los agentes del FWS detuvieron a Groenewald en enero de 2010, cuando fue a visitar a su hermano, Janneman, encargado de gestionar desde Autangaville, Alabama, el servicio de ventas en Estados Unidos de su empresa de caza. (Después de aquello Janneman regresó a Sudáfrica.) Groenewald se declaró culpable y fue condenado a una pena



de privación de libertad equivalente al tiempo que llevaba en prisión (ocho días), a devolver casi 7.000 euros a su cliente y a pagar una multa de unos 27.000 euros.

«¿Cómo me pueden condenar por un leopardo que se cazó en mi finca? –se queja indignado–. Yo no lo robé. No lo cacé en la finca de otro. Era mío.»

Me dice que aquel leopardo fue abatido de forma legal en 2008, aunque en el folleto de 2006-2007 de su empresa hay una foto del fontanero de Texas sujetando aquel mismo leopardo.



Cinco años después, en 2011, Hubbard estaba convencido de que Groenewald estaba traficando otra vez con fauna salvaje. Una docena de estadounidenses que habían ido de safari con la empresa de Groenewald le contaron una historia parecida: ellos no iban con la intención de cazar rinocerontes, pero al llegar a Prachtig, Groenewald les había hablado de un rinoceronte «problemático» que era necesario sacrificar. Les cobró una media de 9.000 euros, cantidad muy inferior al precio normal por cazar un rinoceronte. Los estadounidenses pudieron tomar

fotos de las piezas abatidas, pero eso fue todo cuanto pudieron llevarse a casa. Groenewald se quedó con los cuernos.

Hubbard puso en marcha su propia investigación, la Operación Preposterous, que se convirtió en la Operación Crash (*crash* es una manada de rinocerontes en inglés), una actuación en diversos estados contra el tráfico de cuernos iniciada por la FWS en 2011. Todavía en marcha, la Operación Crash es una de las investigaciones de mayor éxito de esta agencia, y en ella se ha implicado a marchantes de antigüedades, casas

Para Groenewald, uno no es un furtivo si lo que mata es suyo. Para él lo que es legal se reduce a una sencilla cuestión: ¿cuándo es mío un rinoceronte?

de subastas, una banda de ladrones irlandeses conocida como los Rathkeale Rovers, un exsocio del cártel de Medellín de Pablo Escobar y otros traficantes de cuernos de rinoceronte de Estados Unidos, Europa, Asia y África. En julio de 2016 la Operación Crash había dado como resultado la condena de 30 personas, 405 meses de penas de cárcel e incautaciones por valor de casi 70 millones de euros.

A diferencia de la mayoría de los procesados por la Operación Crash, que se dedicaban a traficar con cuernos viejos o antiguos, los hermanos Groenewald están acusados de matar rinocerontes. El Departamento de Justicia de Estados Unidos los acusó de dirigir 11 cacerías ilegales según la legislación sudafricana, lo cual es delito según la ley Lacey de Estados Unidos, que prohíbe violar cualquier ley de conservación ya sea en Estados Unidos o en el extranjero. El 4 de abril de 2015, el Departamento se dirigió a las autoridades sudafricanas para solicitar la extradición. «Para el Servicio de Pesca y Vida Salvaje es prioritario lograr que los extraditen a Estados Unidos», afirma William Woody.

Pero, por lo visto, Groenewald también ha frenado la persecución judicial que Estados Unidos ha iniciado contra él. «Al principio contábamos con la estrecha cooperación de Sudáfrica», explica Hubbard, recordando los primeros contactos con la fiscalía de ese país para preparar la extradición. Posteriormente, por alguna razón, la comunicación oficial entre el Gobierno de Sudáfrica y el Departamento de Justicia de Estados Unidos se fue ralentizando. Hubbard sospecha que entre las razones que explican esa demora estaría la demanda civil de Krüger.

(Al tratarse de «asuntos que están *sub iudice*», la Fiscalía de Sudáfrica declinó la petición de una entrevista con *National Geographic*.) Ese litigio civil parece que también ha frenado el procesamiento de Hugo Ras, un operador de safaris de lujo que durante mucho tiempo fue socio de Groenewald. A Ras se le acusa de matar rinocerontes, y entre su lista de clientes figuran Eric Trump y Donald Trump junior, hijos del candidato a la presidencia de Estados Unidos Donald Trump. Ras también está acusado de liderar una banda de 10 individuos que se dedicaba al furtivismo y al tráfico de cuernos tras matar a los rinocerontes con dardos y dosis mortales de clorhidrato de etorfina (también conocido como M99), un opioide legal hasta 80.000 veces más potente que la morfina.

«LO MÍO SON LOS BÚFALOS»

Me subo a la reluciente *pick-up* de Groenewald, una Toyota equipada con faros halógenos modificados y tapicería de lujo en la parte trasera, y nos vamos a visitar su finca de cría.

Los ganaderos sudafricanos de especies cinegéticas crían todo lo que los clientes de los safaris estén dispuestos a pagar. En 2013 se vendió un búfalo africano llamado *Mystery* por una cifra récord de 3,7 millones de euros. El comprador fue un grupo inversor dirigido por Johann Rupert, quien controla la Compagnie Financière Richemont SA, el segundo productor mundial de artículos de lujo. En 2014, el vicepresidente de Sudáfrica, Cyril Ramaphosa, vendió tres impalas para cría por casi 2,3 millones de euros. Y este año un inversor ha pagado 2,5 millones de euros por una participación del 25% de un búfalo llamado *Horizon*.

Groenewald cría búfalos africanos, impalas, rinocerontes, antílopes sable, ñúes azules y caballos árabes. Sus antílopes llevan unos tubos de PVC en las puntas de sus enormes cuernos curvos a modo de fundas protectoras, para protegerlos con vistas a su comercialización. También cría animales de diseño, variantes genéticas muy codiciadas tales como el impala de lomo negro y el ñú azul de pelaje dorado, todos ellos portadores de genes recesivos que dan como

resultado unos colores inusuales. Se trata de una práctica que pone en riesgo las poblaciones salvajes, según la Asociación Africana de Cazadores Profesionales, que además no considera ética «la caza de variantes cromáticas».

El búfalo africano es uno de los mamíferos más peligrosos de África, pero Groenewald conduce su camioneta entre ellos sin problema. «Lo mío son los búfalos –dice con ternura. Pulsa un botón y se abre otra valla. Nos acercamos a un grupo de machos enormes–. Este vale seis millones de rands.» Eso equivale a unos 370.000 euros. Y hay otro que vale unos 600.000 euros. En vez de embestir, estos machos gigantes se alejan correteando cual despreocupadas ovejas.

El hincapié que hacía Groenewald en el precio de los animales era un recordatorio de algo que me había costado mucho comprender: para él y para muchos otros sudafricanos, uno no es un furtivo si lo que mata es suyo. Esta idea se basa en la legislación sudafricana reguladora de la cría de caza, que establece que los animales salvajes pasan a ser propiedad privada de quien pueda tenerlos encerrados dentro de una finca vallada. «Todo el mundo sabe que no soy un furtivo –me dice Groenewald–. Yo pienso que un animal como el rinoceronte debería ser mío. Y que puedo hacer con él lo que quiera, como con cualquier otro animal, ya sea un kudú o un búfalo. Si compro ese animal, me pertenece. Si quieres disparar al rinoceronte, es mi rinoceronte; está en mi granja. Si yo quiero que le dispares, puedes dispararle.»

Para él lo que es legal se reduce a una sencilla cuestión: ¿cuándo es mío un rinoceronte?

EL REY DE LOS RINOCERONTES

John Hume posee más rinocerontes que nadie en el mundo. Los cría desde 1995 y actualmente tiene 1.300. Un número de mala suerte, me dice en su rancho de Klerksdorp, a unos 150 kilómetros al sudoeste de Johannesburgo. Le gustaría tener uno más, y por eso comprueba en el ordenador si ha habido otro parto.

Le comento que he oído decir que estaría dispuesto a comprarle rinocerontes al mismísimo diablo si eso sirviera para salvarlos.

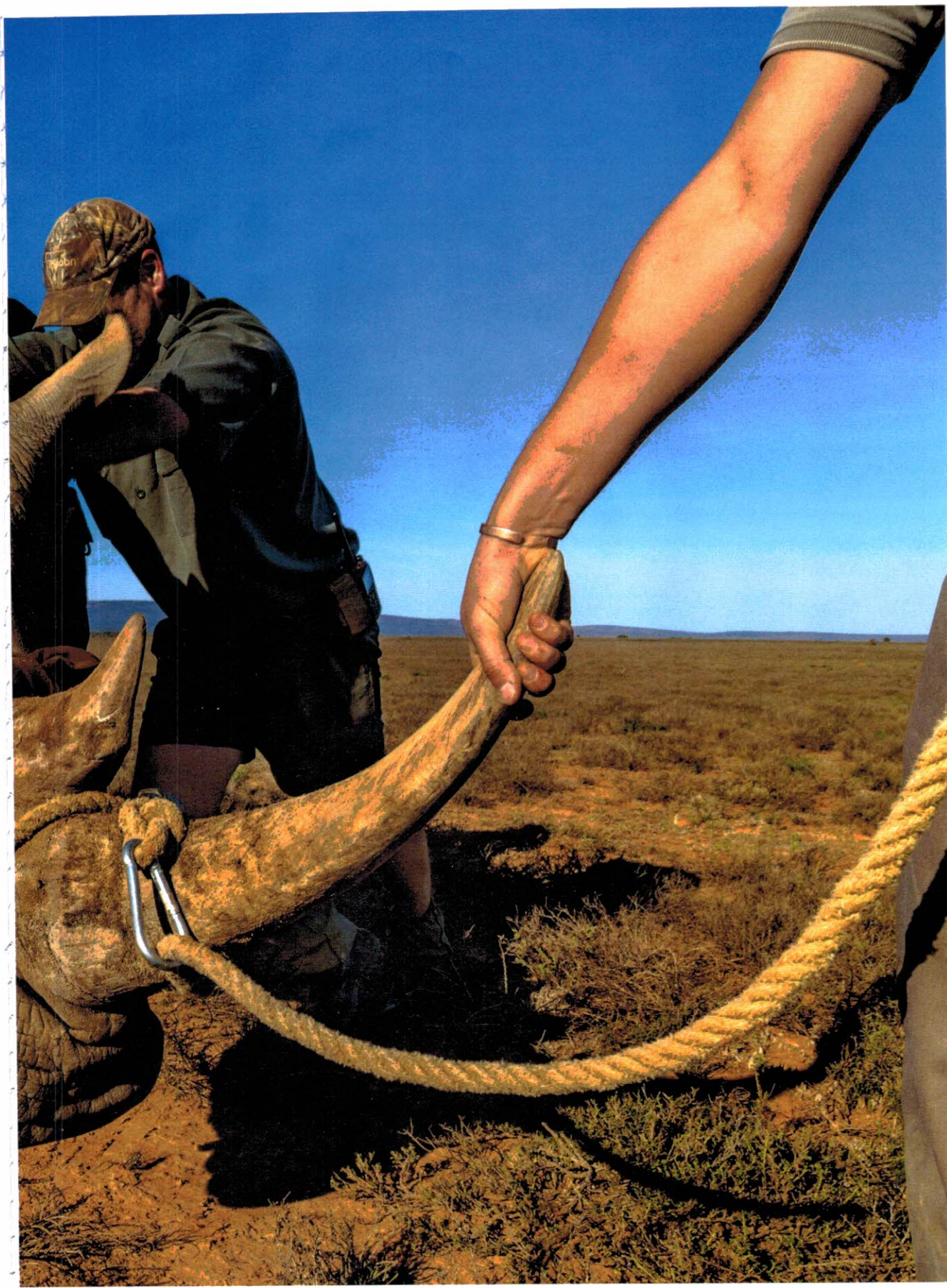
«Bueno, si usted echa un vistazo a mis listas de rinocerontes, verá que tenemos muchos de Dawie Groenewald –me responde–. Probablemente más de cien vienen de él. No lo niego. No tengo nada que ocultar, y si no fuera así, muchos de estos rinocerontes estarían hoy muertos.» (Hume no se ha visto envuelto en ninguno de los delitos que se le imputan a Groenewald.)

Hume es propietario de aproximadamente una quinta parte de los rinocerontes que hay en Sudáfrica en manos privadas. Me explica que lo que hace tan especial a este animal es el hecho de que es «de fácil manejo». Esto es una explotación ganadera, dice. «Aquí no podría criar elefantes.» Cada semana sus empleados sedan entre 10 y 15 rinocerontes, están pendientes de ellos hasta que se caen dormidos, les cortan los cuernos, los reaniman con inyecciones y envían las astas a un lugar seguro con la ayuda de guardias de seguridad armados. Cada uno de sus animales produce hasta dos kilos de cuerno al año, y estos se cortan cada 20 meses más o menos. Lleva años haciéndolo, y calcula que ha acumulado 4,5 toneladas de este codiciado producto, que espera poder vender legalmente algún día a 9.000 euros el kilo: unos 45 millones de euros.

La venta de cuernos de rinoceronte es ilegal, pero comerciar con rinocerontes vivos no lo es, y Hume ha estado tratando de exportar ejemplares vivos a Vietnam. El pasado otoño entabló negociaciones para vender hasta 100 rinocerontes a una empresa llamada Vinpearl, propiedad de Pham Nhat Vuong, el hombre más rico de Vietnam. Para un sudafricano es legal exportar rinocerontes vivos si cuenta con el permiso del Gobierno, pero no está claro qué tipo de vida les espera a esos animales. Según el capataz de la explotación de Hume, los rinocerontes salvajes necesitan casi 400 hectáreas cada uno, pero Hume dispone de un permiso de cría en cautividad que lo autoriza a tener un ejemplar por cada tres hectáreas siempre que les suministre alimentación suplementaria. El parque safari de Vinpearl, parte de un hotel de cinco estrellas de la isla de Phu Quoc, en el golfo de Thailandia, había reservado una fracción de esa cifra para instalar un gran centro de cría de rinocerontes.

Un ganadero de la zona de Port Elizabeth que económicamente no se podía permitir el elevado coste de proteger a sus rinocerontes de los cazadores furtivos vendió este ejemplar a un lugar más seguro. Un veterinario lo acompañará durante las 20 horas de viaje en camión hasta su nuevo destino. Irá con los ojos vendados y tapones en los oídos para tranquilizarlo, y además lo sedarán.





A estos rinocerontes congregados en un comedero de la finca de John Hume les han cortado los cuernos hace poco. A diferencia del marfil del elefante, el cuerno del rinoceronte vuelve a crecer siempre y cuando se corte correctamente. Hume calcula que tiene 4,5 toneladas de cuerno de rinoceronte almacenadas, una cantidad que podría reportarle unos 40 millones de euros.



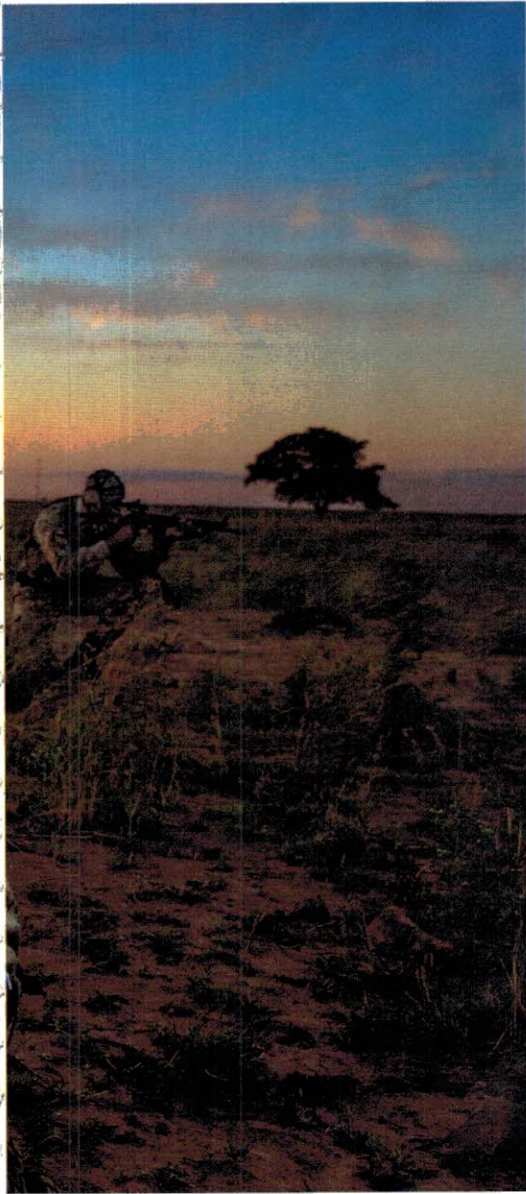




El 7 de diciembre de 2015, un representante de Vinpearl, acompañado por el embajador de Vietnam en Sudáfrica, se reunió con las autoridades sudafricanas para insistir en la aprobación de la solicitud de exportación presentada por Hume. En una carta, el Departamento de Desarrollo Rural, Medioambiental y Agrario para la provincia de Noroeste de Sudáfrica constató lo siguiente: «Vinpearl tiene intención de importar un mínimo de 100 rinocerontes para mantenerlos en una finca cerrada de 15 hectáreas. Pretende disponer del parque safari/zoo

con mayor número de rinocerontes del mundo, y quiere criar rinocerontes». Las autoridades sudafricanas denegaron la solicitud de Hume.

Siete meses antes, Hume había dado pasos destinados a lograr el levantamiento de la prohibición que desde 2009 impide el comercio interno de cuernos de rinoceronte, y se había incorporado como codemandante del proceso civil iniciado por Johan Krüger, el mismo que Groenewald afirma promover en secreto. Hume se agarró a un simple defecto de forma para argumentar su caso: el Gobierno, según él, no



había informado correctamente al público antes de aplicar la prohibición, porque no había consultado previamente con el mayor criador de rinocerontes del mundo –que es él– antes de decretar la moratoria.

La vista oral del caso fue el 22 de septiembre de 2015, precisamente el Día Mundial del Rinoceronte. Hume salió victorioso –buenas noticias para Groenewald–, pero la sentencia ha sido recurrida dos veces. El Estado ha presentado una última apelación, de modo que la prohibición sigue en vigor a la espera del resultado.

Al anochecer, dos agentes de seguridad aterrizan en helicóptero en la finca de Hume para prevenir el furtivismo. Hume, que se gasta 300.000 euros al mes en mantener su rancho –180.000 de los cuales destina a la seguridad de sus rinocerontes–, se ha unido a la demanda civil que pretende anular la prohibición de comerciar con cuernos de rinoceronte en Sudáfrica.

Mientras, tanto Groenewald como Hume se están preparando para vender cuernos de rinoceronte. Groenewald me dice que poco después de la victoria del año pasado en los tribunales, acompañó a un grupo de ocho personas de origen asiático para que inspeccionaran el acopio de la preciada mercancía almacenada por Hume.

Con todo, el levantamiento de la prohibición dentro del país solo supone la mitad de la batalla emprendida por los magnates del rinoceronte. En Sudáfrica apenas hay mercado para el cuerno de rinoceronte, por lo que necesitan que se anule también la prohibición internacional. Y eso es poco probable, ya que ni Vietnam ni China han dado muestras de estar interesados en su legalización. Izak du Toit, el abogado de Hume, me dice que en circunstancias extremas la gente que cumple la ley puede acabar pensando que no le queda otro remedio que incumplirla como un acto de desobediencia civil. Los criadores particulares, que tienen prohibido vender los cuernos y cuyos empleados y animales viven amenazados por los furtivos, podrían decidir comercializarlos como sea.

«¿A quién le importa lo que hagan con los cuernos? –dice Groenewald–. Si los quieren sacar del país ilegalmente, es su problema.»

A Hume poco le importa que el cuerno de rinoceronte sea una falsa panacea cuando se trata de curar enfermedades graves. «No tengo reparo en admitir que los cuernos de rinoceronte que distribuyo al mundo entero quizás acaben ingeridos por alguien que tiene cáncer y que acabará muriendo igualmente. No le servirá de nada. Yo tengo artritis. Tomo por lo menos seis malditos tratamientos. Y por mi experiencia, ninguno de ellos funciona.»

Lo que de momento sí ha funcionado para Dawie Groenewald es el sistema de justicia sudafricano. En el caso de los cuernos de rinoceronte, espera que el sistema funcione un poquito más. «Si lo legalizan, seré el principal vendedor.» □



NATIONAL
GEOGRAPHIC



VOL. 39 • NÚM. 4



ROBIN HAMMOND

Abed Mohammed al-Khader y su familia huyeron de Siria hace dos años. En febrero llegaron a Berlín y fueron alojados, junto con otros 1.500 refugiados, en un gran gimnasio cerca del estadio olímpico.

2

Los nuevos europeos

Más de un millón de refugiados, la mayoría procedente de países en guerra, llegaron a Europa el año pasado huyendo del horror, y se prevé que este año lo hagan cientos de miles más. Hogar de una tercera parte de los inmigrantes del mundo desde la Segunda Guerra Mundial, la última gran oleada migratoria al Viejo Continente está agitando sus políticas, poniendo a prueba su tolerancia y desafiando sus identidades culturales.

Por Robert Kunzig
Fotografías de Robin Hammond

34

Rinocerontes, un negocio siniestro

El comercio internacional de cuernos de rinoceronte está prohibido desde 1977. Pero la incesante presión ejercida por dos sudafricanos —un presunto traficante y un ganadero— para que en su país se legalice la compraventa de esta valiosa mercancía podría echar por tierra años de esfuerzos internacionales destinados a la protección de estos animales. ¿Sobrevivirían los rinocerontes si se permite la venta de sus cuernos?

Por Bryan Christy
Fotografías de Brent Stirton

Secciones

Forum
Tu foto

VISIONES

EXPLORA

CIENCIA

Inseminación acelerada

PLANETA TIERRA

Contaminación en marcha

VIDA SALVAJE

Angelote: el último reducto

Una mariposa muy especial

ANTIGUAS CIVILIZACIONES

Ecos de Pompeya

Instinto básico

Hechos el uno para el otro

Tres preguntas

David Letterman

Notas de campo

En televisión

Editorial

Flashback

Próximo número



En portada Una mujer turca posa con sus dos hijos nacidos en Alemania, adonde fue en 2010. Los turcos son la minoría étnica más numerosa del país.
Fotografía de Robin Hammond.



Envíanos tus cartas o comentarios a forum-ngme@rba.es



Síguenos en Twitter en [@NatGeoEsp](https://twitter.com/NatGeoEsp)



Hazte fan de nuestra página de Facebook [facebook.com/NationalGeographicEsp](https://www.facebook.com/NationalGeographicEsp)



Más información en nuestra página web nationalgeographic.com.es



Síguenos en Instagram en [@NatGeoEsp](https://www.instagram.com/NatGeoEsp)

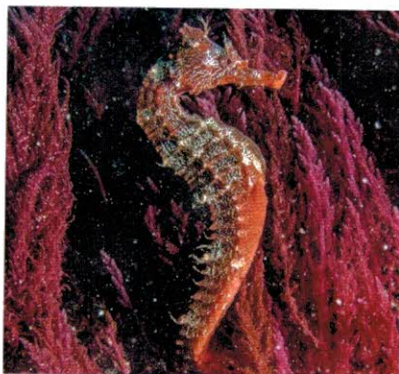


60

El arte de lo ínfimo

Nápoles alberga una de las mejores colecciones de camafeos del mundo. Estas joyas diminutas, exquisitamente talladas en la antigua Grecia, en la Roma imperial y en el Renacimiento, desvelan todo un universo mitológico y cortesano.

*Por Federico Gurgone
Fotografías de Marco Ansaloni*

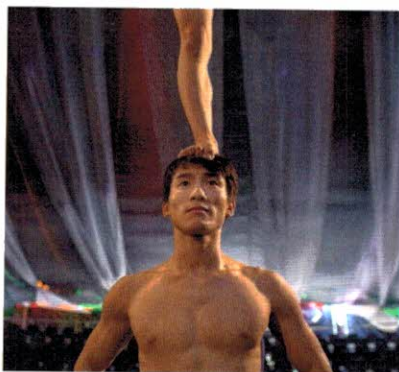


78

Lo que Darwin nunca vio

Las islas Galápagos ofrecen algo único: un viaje al pasado de la Tierra sin parangón en ningún otro lugar del planeta. El biólogo marino Enric Sala viaja a las islas Darwin y Wolf, en el archipiélago ecuatoriano, para documentar la abundante vida marina de sus aguas recientemente protegidas.

Texto y fotografías de Enric Sala



92

Acrobacias vietnamitas

Para el fotógrafo Christian Rodríguez, la verdadera magia del circo se encuentra entre bastidores. Entre 2009 y 2012 pasó ocho meses conviviendo con artistas vietnamitas, que le mostraron su vida cotidiana. Sus imágenes desvelan el lado más humano del espectáculo.

Texto y fotografías de Christian Rodríguez

Atención al cliente Teléfono 902 392 392 (de lunes a viernes, de 10 a 15 horas)
Email: suscripciones@rba.es

Para suscribirte a la revista, consulta nuestra web www.nationalgeographic.com.es